

ientras Don Quijote sube a un pedestal...

DULCINEA DEL TOBOSO NO TIENE CASA

“Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata de ello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta se le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural de El Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.”

(«Don Quijote de la Mancha», cap. I)

Esta es la entrada a la casa de Dulcinea. Piedra dorada.



SIGUE

María Celina se hizo esta foto la primera vez que fue elegida «Dulcinea del Toboso». Desde entonces continúa en su puesto.



El interior de la casa de Aldonza está en ruinas.



DULCINEA

MARIA CELINA ("DULCINEA 1964") SE CASA ESTA PRIMAVERA CON UN MOZO DE PEDRO MUÑOZ

ASI nace, en la imaginación de Don Quijote, uno de los personajes femeninos más populares en la literatura española: Dulcinea del Toboso. Una moza de pueblo elevada a la categoría de princesa, señora de El Toboso y lama del pensamiento para el aballero de la Triste Figura. El pequeño pueblito manchego ha quedado inmortalizado por esta figura que, con un leve apoyo en la realidad, fue tomando cuerpo en la mente de nuestro aballero andante hasta alcanzar

una personalidad perfectamente definida.

EL Toboso no llega a encontrar cobijo en los sarmientos retorcidos de los viñedos que le rodean. Sus casas, con relieves de cal centenaria o piedra carcomida de grandezas pasadas, están expuestas a los vientos helados que pasean por la Mancha y al peso implacable del sol veraniego, que es capaz de ablandar el seso, como sucedió a Don Quijote por otros motivos.

Hay fuentes en sus plazas con

canciones de cántaros y pipas de madera; las únicas que pueden aplacar la sed de los paisanos de Dulcinea. Árboles de hoja caduca y calles de tierra voluble que se hace polvo en verano y barro en invierno.

—¿Es este El Toboso, donde nació Dulcinea, el de «El Quijote»?

—Sí; este es.

¡Quién lo diría! Ni una inscripción alusiva, ni un monumento que delate al visitante la relación de aquellas calles con la cumbre de la literatura española.

Se habla ahora sobre un proyecto de monumento a Don Quijote de la Mancha. Cuatro provincias disputan el honor de albergarlo. Las páginas del diario «ABC», de Madrid, recogen opiniones autorizadas sobre el particular. Es algo que la Mancha está pidiendo a gritos por derecho propio.

Pero, además de pensar en este monumento magno, ¿no valdría la pena cuidar un poco las rutas y recuerdos quijotescos, además de realizar el gran monumento a su protagonista?

La casa de Dulcinea

POR lo menos, que el viajero sepa exactamente que está en la tierra de Doña Dulcinea.

Allí está la casa de Aldonza Lorenzo. Una fachada escueta, de piedra dorada, que enmarca en un arco amplio la puerta de entrada. Madera y clavos herrumbrosos.

¡Qué desilusión! La casa de nuestra señora Doña Dulcinea es una pura ruina. A través del techo se ve el azul del cielo y entra el agua a mansalva en los días invernales con cubierta de plomo.

Allí están las grandes tinajas de barro donde la familia Lorenzo guardaba el aceite. El molino rústico, con su gran piedra cónica cansada de girar.

Hay hasta unos escudos antiguos que adornaban la fachada en tiempos pretéritos y ahora están arrumbados en el antiguo corral de la casa.

Una muchacha que nos abrió la puerta, comentaba:

—Los turistas que vienen se van muy decepcionados.

Es lógico.

Se ha dicho recientemente que la casa va a ser restaurada. Valdría la pena. Es uno de los lugares quijotescos más caracterizados y podría constituir una verdadera reliquia cervantina, perpetuando la exuberante fantasía del «Ingenioso Hidalgo».

"Dulcinea 1965"

CONSTE que las gentes de El Toboso no tienen culpa. Estas son empresas de carácter nacional, puesto que están en relación con una de las mayores glorias españolas: Miguel de Cervantes y su obra cumbre.

Allí, en el pequeño pueblo manchego, bastante tienen con preocuparse de instalar el agua corriente, el alcantarillado y los pavimentos de las calles.

Además, cada año se hace una fiesta, en la que se elige a una chica del pueblo como «Dulcinea del Toboso». Hace poco tiempo de esta costumbre —tres años—, y la elección ha recaído en todas las ocasiones sobre María Celina Ludeña.

Para el año que comienza habrá que pensar en otra, porque María Celina se casa esta primavera con un mozo de Pedro Muñoz.

A los de El Toboso, naturalmente, les gustaría mucho que el gran monumento a Don Quijote se pusiera allí. Es natural. Otros muchos opinan como ellos. Yo estoy seguro que si hiciéramos una encuesta entre nuestras lectoras habría una inmensa mayoría que se inclinaría por este lugar, centro del pensamiento y del amor de nuestro hidalgo.

Sea o no este importante monumento, algo hay que hacer en El Toboso.

Estoy seguro que si Don Quijote ve cómo le levantan un grandioso monumento y no se dedica un solo recuerdo a su señora Doña Dulcinea, es capaz de reemprender sus aventuras de caballero andante para conseguir, en singulares batallas, que todos rindan pleitesía y vasallaje a su dama Doña Dulcinea.

F. ARTACHO

(Fotos Alejandro.)

La hermana de María Celina, con su hija en brazos. Cuñada y sobrinas de Don Quijote en la pura fantasía. Viven en una granja del pueblo.



El único recuerdo de Don Quijote son estas figuras en un salón del Ayuntamiento.



Sobre un burro peludo, la figura manchega que nos recuerda la de Sancho.



En el patio de la casa de Dulcinea están los escudos que adornaban su fachada.



Las niñas juegan al corro en la glorieta del pueblo. No hay peligro de que se acaben las «Dulcineas».



La Venta de Don Quijote, en la carretera de Madrid. A poco menos de una legua está El Toboso